

Cosas que importan

en cincuenta y un artículos y
reportajes

© Gerardo Muñoz Lorente, 2006

Título: Cosas que importan
Autor: © Gerardo Muñoz Lorente

ISBN-13: 978-84-8454-572-9

ISBN-10: 84-8454-572-5

Depósito legal: A-

Edita: Editorial Club Universitario Telf.: 96 567 61 33
C/. Cottolengo, 25 - San Vicente (Alicante)
www.ecu.fm

Printed in Spain
Imprime: Imprenta Gamma Telf.: 965 67 19 87
C/. Cottolengo, 25 - San Vicente (Alicante)
www.gamma.fm
gamma@gamma.fm

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información o sistema de reproducción, sin permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

A Juanjo, el padrasto de mis nietos

.

PRÓLOGO

El ciudadano impertinente

Siempre he admirado de Gerardo Muñoz su imaginación, su curiosidad y la pasión con que intenta satisfacer tanto la una como la otra. Ya dio muestras de todo ello en su etapa como alto dirigente y diputado autonómico del CDS, entre los años 1987 y 1991, en la que se distinguió como parlamentario por sus propuestas dirigidas a mejorar la vida cotidiana de la gente al margen de ideologías. Pero ha sido sobre todo en la escritura donde este melillense de nacimiento, catalán de formación y alicantino por elección mejor ha podido desarrollar ese peculiar instinto que le caracteriza para distinguir las cosas importantes en las pequeñas cosas y, también, para escoger con mucha anticipación temas para abordar que posteriormente pasan a convertirse en asuntos de interés general. Dedicó al alzheimer una novela cuando todavía era una enfermedad poco conocida y a la que la sociedad no había dado aún la consideración de epidemia que hoy ya tiene. Otra a la inmigración, la explotación de los “sin papeles”, su difícil integración y las mafias que se enriquecen con el tráfico de seres humanos, mucho antes de que todas estas cuestiones pasaran a dominar las portadas de los periódicos y las aperturas de los telediarios. Y también se adelantó a hacer de la corrupción y las extrañas relaciones que a veces enlazan a políticos y periodistas argumento de otra de sus obras, cuando tampoco la corrupción había mostrado aún su verdadera dimensión.

El volumen que hoy tiene entre sus manos el lector no es, sin embargo, una obra de ficción. Se trata de una compilación de artículos cuyo número es en sí mismo un juego: son 51 porque 51 son los años que tiene el autor y abarcan 15 años, la misma cifra al revés, que es el tiempo que hace que Gerardo Muñoz no desempeña cargos públicos, aunque durante estos tres lustros haya seguido militando en política. Hay entre ellos piezas humorísticas e incluso reportajes callejeros, pero también escritos dedicados al amor, la religión, las relaciones humanas, la inmigración, la ancianidad, la política o la ciencia. Pueden

encontrarse en estas páginas estudios sobre la lengua o la literatura, breves biografías e incluso algún relato.

Tal diversidad da idea de la multiplicidad de objetos de interés que Gerardo Muñoz tiene y es capaz de ofrecer al público, pero en absoluto esta disparidad de asuntos es sinónimo de superficialidad. Al contrario, Muñoz es uno de esos escritores que se documentan exhaustivamente y someten a juicio crítico todo aquello que estudian antes de dar a luz cualquier texto. Tampoco el largo período de tiempo que abarcan los artículos que componen esta obra perjudica su contenido: todos ellos mantienen la frescura, y esa capacidad de anticipación de la que antes hablábamos hace que las tesis que en ellos se sostienen sobre cuestiones hoy en día de actualidad no hayan perdido, ni siquiera en los más antiguos, un ápice de interés: siguen retando a pensar.

Pero si en las obras de ficción la imaginación y la facultad para crear y sostener tramas caracterizan el estilo de Gerardo Muñoz, es en los artículos periodísticos donde sobresale una de sus condiciones más preciadas: la de la iconoclastia y la impertinencia, entendida ésta, en el buen sentido de la palabra, como la capacidad de interesarse por todo lo que afecta a la vida diaria, sin vetos ni exclusiones morales o ideológicas, y pronunciarse de forma crítica sin prevenciones ni reverencias ante ningún poder político, económico o religioso. Y todo ello hecho con la necesaria acidez, pero sin perder en ningún momento, ni siquiera en la denuncia, una tolerancia de fondo que traspasa todos y cada uno de los artículos aquí recogidos.

Gerardo Muñoz es, pues, un ciudadano impertinente, que pone su vista en todo y reivindica el derecho de los ciudadanos a pronunciarse sobre todo lo que les afecta. Los lectores de INFORMACION han tenido el placer de seguir sus aportaciones en el periódico a lo largo de todos estos años y ahora pueden, gracias a este volumen, repasar aquellos que más les llamaron la atención y recuperar argumentos para el debate público. Quienes se acerquen por primera vez al autor descubrirán a alguien con puntos de vista singulares, con opiniones diferentes, pero bien fundamentadas y siempre dignas de discusión y, en definitiva, con un escritor que demuestra que se pueden abordar las cuestiones más trascendentes de forma incisiva, pero amable, ahora que por desgracia tanto abunda en el papel impreso de este país el grito y el exabrupto. Si albergar estos textos ha sido para INFORMACION un placer y un activo en el competitivo mercado de la prensa, reunir ahora esta compilación para ofrecerla a un público más general es sin duda un acierto.

Juan R. Gil
Director diario *INFORMACION*

.

.

.

.

Humor

El rey del Viva-porú

Información, 30 mayo 1998

Radio Alicante – SER, 7 septiembre 2000

Antonia vino a Benidorm esta primavera por primera vez. A sus sesenta y seis años, nunca había disfrutado de un viaje organizado por el Insero. Viuda desde hace seis años, siempre había rehusado las ofertas de su amiga Carmen para que la acompañara en sus vacaciones. Pero esta vez no pudo resistir la tentación. Carmen llevaba tres años seguidos viajando a Benidorm y en las dos veces anteriores, al regresar a Burgos, llegó entusiasmada por las maravillosas vacaciones que había pasado en la costa alicantina. El sol, el clima y el ambiente agradable de los hoteles donde se había hospedado tenía mucho que ver con aquel entusiasmo de Carmen. Pero era el misterioso rey del Viva-porú lo que más curiosidad despertó en Antonia; pues, según su amiga, este hombre, que causaba furor en Benidorm, la había hecho revivir experiencias que creía olvidadas.

Todos los días, a la caída de la tarde, Antonia y Carmen se sentaron en la terraza acristalada del hotel para tomar unos refrescos y disfrutar de la música que tocaba un conjunto. La mayoría de los huéspedes se animaba en algún momento a bailar, pero las dos amigas burgalesas permanecieron sentadas y a la espera de que llegara el rey del Viva-porú. Por fin, el penúltimo día de sus vacaciones, llegó el misterioso caballero. Carmen no había querido decirle qué tenía de especial aquel hombre ni tampoco por qué le llamaban así, limitándose a decirle que era un secreto, y Antonia se sintió decepcionada en cuanto lo vio. El rey del Viva-porú era un hombrecillo de unos setenta y dos o setenta y tres años, dicharachero y enclenque, que vestía un traje antiguo, pero que lucía con elegancia, y un fular colocado perfectamente alrededor de su cuello. Su tez era morena, los ojos hundidos pero vivarachos, y una testa algo despejada por delante, pero con largos cabellos rubios que se deslizaban cuidadosamente sobre sus hombros. El primer pensamiento de Antonia fue que aquel hombrecillo era más bien poquita cosa: «Mucho rebozado pero poco calamar», se dijo. Sin embargo, se sorprendió al ver el impacto que

causó su llegada, pues enseguida su popularidad se hizo patente en el local. La mitad de los hombres le miraron con admiración, mientras que la otra mitad parecía asesinarlo con los ojos. En cambio, todas las mujeres presentes le saludaron con embeleso, como si en verdad estuvieran viendo al chico de la coca-cola.

El rey del Viva-porú repartió saludos, besos y sonrisas, siendo invitado a sentarse en casi todas las mesas, pero cuando se dirigía hacia la mesa de las amigas burgalesas, una pechugona de enorme escote prácticamente lo arrastró hasta la pista de baile. El rey del Viva-porú demostró que dominaba todos los bailes de salón, pero a Antonia no le pareció que fuera ningún travolta. Aunque se sorprendió al oírle pedir a la banda un rock-and-roll. El hombrecillo se quitó entonces la chaqueta, dejando al descubierto una camisa de seda vieja pero limpia, y profiriendo su grito de guerra (algo así como «¡Vivaporuba-barum-bambú!»), empezó a mover su pequeño cuerpo a un ritmo increíble, manejando a la pechugona con una destreza admirable. Antonia creyó entonces comprender que aquel apodo le venía de ese grito de guerra.

Una vez que hubo acabado de bailar, el rey del Viva-porú se dirigió hacia la mesa de Antonia y Carmen. Pero un hombre le salió al paso para abrazarle efusivamente: «¡Alfredo, qué vitalidad tienes! ¿Cuál es tu secreto? No será la viagra, ¿verdad?»». El rey del Viva-porú respondió con una sonrisa: «Esa es una modernez de laboratorio. Yo prefiero las cosas naturales». Dicho esto, Alfredo se acercó por fin hasta donde ellas estaban. Carmen hizo las presentaciones y él rozó con sus labios la mano de Antonia. Esta notó que las manos de Alfredo temblaban ligeramente, pero que eran delicadas y fuertes a la vez. El rey del Viva-porú la acarició con sus ojos grises y vivarachos, al mismo tiempo que Antonia notaba cómo la envolvía un suave aroma a menta.

Al cabo de unas horas, Antonia se hallaba tumbada en la cama de su habitación. Estaba tan nerviosa y anhelante como una muchachita, pues nunca hubiera creído que volvería a encontrarse en esa situación. Ella era la primera sorprendida. Por un momento estuvo a punto de levantarse y acabar con aquel disparate, pero entonces se abrió la puerta del baño y reapareció el rey del Viva-porú. Este había dejado la habitación en penumbra, pero Antonia le supo tan desnudo como ella. Alfredo se subió a la cama, la envolvió con sus brazos y con aquel peculiar aroma mentolado que parecía emanar de su cuerpo, y la preparó para el momento culminante. Antonia se maravilló de la enorme vitalidad de aquel hombre. Una vitalidad firme y suave, sólida y untuosa, que le hizo sentir un placer tan prolongado como refrescante. Se alegró de saber

que, a su edad, todavía podía conocer nuevas experiencias. Pero su deleite fue aún mayor al saber que había descubierto el secreto de Alfredo. El secreto que le proporcionaba esa fortaleza y que nada tenía que ver con viágrafos, aunque sí con una crema vasodilatadora que está al alcance de cualquiera. Ese era el verdadero secreto del rey del Vicks-vapo-rub.

La vidente de Villafranqueza

Información, 23 noviembre 1992
Radio Alicante – SER, 20 enero 2000

Aunque no eran más que las siete y media de la tarde, hacía ya un buen rato que había anochecido, lo que le obligaba a llevar encendidos los faros de su coche mientras circulaba por la carretera que une Villafranqueza con San Vicente. Después de dejar atrás una serrería, giró el volante para meterse por un camino sin asfaltar que apareció a su derecha. En el cruce, un cartel indicaba la proximidad de unos viveros, confirmando así las referencias que le había dado su amigo. Él nunca había creído en los fenómenos paranormales, pero su amigo le había insistido en que nada perdía acudiendo a casa de aquella famosa vidente. A fin de cuentas, le dijo, hasta en la Biblia se menciona ya a una pitonisa, la cual hizo aparecer al fantasma de Samuel, a requerimiento de Saúl. A unos doscientos metros, pasados los viveros, arribó a la entrada de una finca rústica de verjas abiertas y casa enorme, cuyos contornos no se llegaban a apreciar debido a la oscuridad existente. Sólo una pequeña y amarillenta farola que había sobre el dintel de la puerta guiaba a los visitantes hasta la entrada. La señora María, la vidente, acudió a la llamada que él hizo con ayuda de la aldaba. Pese a sobrepasar los cincuenta años, era bastante más joven de lo que él esperaba.

—¿Qué desea?

—Quisiera que me ayudase. Estoy desesperado —respondió él.

María le dejó pasar hasta una salita donde recibía a sus clientes. Se sentaron alrededor de una mesa camilla sobre la cual había un mantel descolorido. Dos candelabros de siete brazos cada uno, sosteniendo unos cirios pabilosos y colocados sobre un vetusto aparador, iluminaban la estancia con una luz escasa y mortecina.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó ella.

—Mi esposa fue secuestrada hace una semana, pues unos testigos creen que un desconocido la obligó a subir a un automóvil cuando salía de casa. Denuncié la desaparición y la Policía la está buscando desde hace cuatro días,

pero no tienen ninguna pista ni han encontrado el coche en que se la llevaron. Estoy desesperado y dispuesto a hacer cualquier cosa por encontrarla. Por eso, cuando un amigo me habló de usted...

—¿Ha traído alguna prenda de su esposa?

—Sí. Le he traído esta foto —le dijo el hombre, poniendo una fotografía de tamaño mediano sobre la mesita—. Pero como mi amigo me advirtió de que usted me pediría una prenda íntima de ella, pues también le he traído esto.

El atribulado marido sorprendió a la vidente entregándole un sujetador oscuro y de grandes proporciones que extrajo de un bolsillo de su americana. Ella cogió esa prenda con mal disimulada aversión, pero en seguida se concentró cerrando los ojos. El hombre esperó respetuoso y en silencio a que la señora María entrase en trance y entonces, cuando vio cómo empezaba a temblar mientras estrujaba el sujetador de la mujer con ambas manos, abrió los ojos con asombro al mismo tiempo que su mandíbula inferior se descolgaba involuntariamente. Al instante, la vidente explicó con voz profunda:

—Está encerrada en un cuarto oscuro, tumbada sobre un catre. Está ahí desde hace días. Sin salir.

—¿Qué sitio es ese? —preguntó el marido.

—No lo sé —le respondió sin abrir los ojos—. Está nerviosa. Muy excitada.

—Pobrecilla —se compadeció él.

—Pero no está sola. Hay alguien con ella. La está mirando.

—¿Quién es? —quiso saber el cliente.

—Es un hombre. Un hombre joven y fuerte que se está acercando a ella...

¡Ah!

—¿Qué pasa? ¿Qué le está haciendo? ¡Señor, qué horrible! —se asustó el esposo.

—La está tocando... —explicó ella—. Se está poniendo encima de ella, sujetándola con fuerza de los brazos. ¡Oh! —y de repente, con una voz grave y viril, la señora María reprodujo la advertencia de aquel desconocido—. Prepárate para saber lo que es bueno.

—¡Dios mío, la va a violar! —gritó el angustiado marido.

Pero la voz de la vidente volvió a transformarse hasta convertirse en la de su esposa, la cual musitó:

—Sí, cariño. Estoy preparada. Lo que me he perdido durante estos años con el imbécil de mi marido.

La vidente abrió los ojos y, dejando el sujetador encima de la mesa, intentó reprimir una sonrisa en tanto le decía a su pasmado cliente:

—Ya está. Su esposa está bien, créame. Yo de usted me tranquilizaría y dejaría de buscarla. Con un poquito de suerte, es posible que vuelva a casa cualquier día de estos. Aunque no estoy muy segura.

—¿Eso es todo? —balbuceó el atónito marido.

—Todo no. Son quince mil pesetas.

El ascenso del Hércules

Información, 13 enero 1992

Radio Alicante – SER, 10 febrero 2000

—Os ruego que me auxiliéis, pater, pues estoy enormemente confundido. A pesar de que creí haberlo visto todo cuando arribé a este lugar siniestro, lo que me ha acaecido hace un rato es algo que supera en gran medida la capacidad de mi cacumen.

Diego había acudido, despavorido a la tenebrosa iglesia para buscar la protección y el consejo del padre Miguel, el único ser que podía ayudarle a comprender en esa ocasión lo que le había sucedido, de igual forma como lo había hecho un tiempo atrás, cuando llegó a tan sombría ciudad. No sabía calcular cuánto tiempo hacía de aquello, sin embargo sí recordaba que la última fecha del calendario que se había quedado grabada en su memoria era la del 24 de noviembre del año de Nuestro Señor de 1609.

La noche de aquella fecha tan señalada, Diego había ido hasta la taberna de Pedro Simón, en donde había quedado citado con Cristóbal, el criado del inquisidor de Valencia, que había viajado hasta Alicante para llevarle una pequeña bolsa de cuero. Diego y Cristóbal compartieron una jarra de aloque y luego se separaron, encaminándose aquél hacia el Portal de Elche.

Diego de Guevara, fámulo leal del otrora poderoso don Pedro de Franqueza y Esteve, conde de Villalonga, había llegado a Alicante apenas ocho meses atrás, procedente de Madrid, de donde había partido momentos antes de que fuera prendido y encarcelado su señor. Éste había gozado hasta hacía unos meses de la confianza del todopoderoso duque de Lerma, quien le había nombrado en 1603 individuo de la comisión de Hacienda, cargo del que se valió para enriquecerse escandalosamente, haciéndose regalar los objetos que más le agradaban cuando en los negocios no podía obtener dinero. Pero a mediados de 1606 se descubrió su fraude y, abandonado por su anterior protector, fue encarcelado en Ocaña. No obstante, antes de ser prendido, tuvo ocasión de enviar gran parte de su fortuna fuera de la Corte: una parte a Toledo, otra a Valencia y, una última, a través de su criado Diego,

a Villafranqueza, donde poseía una casa que había aceptado como regalo de sus habitantes cuando refundó ese lugar unos veinte años atrás.

En la bodega de aquella casa escondía precisamente Diego esos bienes y allí pensaba ir al día siguiente para esconder el contenido de la bolsa que le acababa de dar Cristóbal. Sin embargo, para no levantar sospechas, Diego prefirió no vivir en tal casona y alquilar una casita a los señores de Berenguer en el arrabal de San Francisco, donde se hacía pasar por un acaudalado comerciante de sedas italianas.

Diego pasó junto a la fuente de la Balseta y se metió por la callejuela estrecha y empinada en cuya cumbre se hallaba la casa de los Berenguer. Ensimismado como iba, no se percató de que dos emboscados salieron desde un soportal oscuro para apalearle y robarle la bolsa de cuero que llevaba en su faltriquera. Los golpes que recibió en su cabeza le dejaron inconsciente hasta que, ya amaneciendo, fue hallado por un franciscano. Avisados por el fraile, varios hombres que pasaban cerca, camino del Alfolí, llevaron a Diego hasta el hospital de San Juan Bautista, en donde, poco después, despertó en presencia del cura Miguel.

El mismo cura que, en ese momento, esperaba paciente a que Diego le contara qué era eso tan extraño que le había sucedido esta vez.

—Resulta, pater, que hace un rato, estando en mi casa, sentí de pronto una intensa y poderosísima atracción que me arrebató por la ventana y me subió a los cielos. Transportado por una fuerza desconocida fui como en volandas y por entre las nubes hasta más allá del castillo de Santa Bárbara. Mas, al avistar la tierra que hay allende el Benacantil, en vez de la huerta descubrí un poblado inmenso de casas extrañas y salpicadas por infinidad de luces doradas y blancas. Con idéntica fuerza, me proyecté irremediamente hacia el interior de una de aquellas moradas, donde había reunidas seis personas sentadas alrededor de una mesa redonda. A pesar de la penumbra existente, vi a los presentes vestidos con un ropaje hartamente extravagante y el mobiliario de la casa me pareció muy extraño. Aunque creí que no me veían por la oscuridad, pues ninguno llegó a mirarme, una mujer madura y de voz grave me pidió entonces que me presentara. Yo, naturalmente, mencioné mi nombre, lo cual, sorprendentemente, pareció inquietarles. Mas en seguida se calmaron y, entre risitas nerviosas, un hombre volvió a preguntarme: «¿Ascenderá el Hércules este año?». Como vuesa merced comprenderá, yo me quedé mudo de perplejidad. ¿Adónde había de ascender Hércules?, me dije. ¿Acaso se refería al Olimpo? ¿Tal vez al Ara Máxima? ¿Cómo podía yo saberlo? Al ver que no respondía, otro hombre me inquirió con tono de chanza: «¿Qué número va a tocar mañana a los ciegos?». ¡Dios mío, ¿qué jerigonza era aquella?!, exclamé

para mis adentros y sin atreverme a decir palabra. Entonces, ligeramente amoscados según me pareció, dejaron de preguntarme. Al instante, de nuevo la misma fuerza arrebatadora me sacó de aquel lugar y, con extraordinaria velocidad, me llevó de regreso y por los aires hasta mi casa.

—¿Os fijasteis si en medio de la mesa tenían una copa boca abajo y sobre un pliego había dibujadas letras y cifras? —preguntó el padre Miguel.

—No, pues entre ellos sólo había una bola de cristal luminosa. Mas decidme, pater, ¿acaso sabéis qué fenómeno es ese?

—No puedo responderos con seguridad, pues habéis de saber que este mundo nuestro está lleno de sorpresas y fenómenos como ese. Mas no habéis de preocuparos, ya que lo que os ha acontecido no es nuevo. A mí mismo, aunque esporádicamente, también me han arrebatado esas fuerzas extrañas inesperadamente para llevarme ante tribunales semejantes. Tribunales arcanos que casi siempre inquietan cosas abstrusas como: «¿Quién va a ganar las elecciones?» o «¿cuál es la próxima combinación de la primitiva?»

—¡Qué espanto! —exclamó Diego.

—Mas yo os aconsejo que, de sucederos alguna otra vez, en lugar de enmudecer, debéis inventaros cualquier respuesta. Ellos se muestran así más complacidos.

Algo escandalizado por la sugerencia del padre Miguel, el atribulado Diego salió de la iglesia, trasunto de aquella colegiata de San Nicolás que conociera en su lugar auténtico, y se alejó por las callejuelas de la ciudad, que permanecían envueltas en una noche eterna, cavilando sobre las sorpresas y cuitas que debían padecer en tan misterioso Purgatorio.

